

combatiendo duramente al Sr. Maura hacía algún tiempo, y que en el artículo de referencia hacía un extraordinario elogio de dicho señor, con motivo del juicio que le merecía el viaje regio.

«¿Cuál es y cómo es—decía—ese juicio? Absolutamente favorable al Sr. Maura.—En las ovaciones tribu-
tadas al Rey, en el amoroso acogimiento de Barcelona al representante de la unidad nacional y al Príncipe juvenil, sin historia y sin odios, nada hay que un Ministro pueda compartir en justicia, nada hay que un Ministro pueda recoger como propio. Pero D. Alfonso XIII es un Rey constitucional; D. Alfonso XIII pudo ser llevado á Barcelona por el Sr. Sagasta, por el Sr. Silvela, por el señor Villaverde, y sólo el Sr. Maura ha tenido el acierto del consejo y el arranque de realizarlo.»

Enumeraba después los errores políticos por los cuales había combatido al Sr. Maura y decía:

«Hoy el Presidente del Consejo acierta para bien de todos; y *El Imparcial*, también por interés nacional y por honrado impulso de su conciencia, dice que en el viaje á Barcelona hay una parte grande y honrosísima que corresponde, por igual, al Sr. Maura político y gobernante y al Sr. Maura monárquico y caballero.

»Al dejar consignados esa opinión y ese juicio, va en ello recabado para mañana el derecho de crítica sobre un hombre en cuya fe no nos afirma ni aun este resplandor de su estrella.»

«**Diario Universal**» y **Maura**.—El periódico *Diario Universal* contestó á *El Imparcial* tratando de quitar importancia á los aplausos prodigados por éste al Presidente del Consejo, y decía:

«Sin duda alguna, el influyente colega de la mañana, al hacer el resumen de esta primera etapa del viaje, ha sufrido un trabacuentas. Pongámoslas claras. Los momentos son tres: acuerdo y resolución del viaje; preparativos; ovaciones en Barcelona.»

„La resolución del viaje era inexcusable. El Rey no podía salir á nuevas visitas sin pasar primeramente por Barcelona. Pensara como pensara el Sr. Maura, había que hacerlo. Era una imposición de las circunstancias. Y tan en la conciencia de todos estaba esa necesidad del viaje, que ella se alegaba como excusa del Sr. Maura cuando aún se tenían temores. De suerte, que el acierto es acierto de la necesidad, no acierto del Presidente; por aquí no se ve su triunfo.

„De los preparativos no hablemos. El mismo *Imparcial* tiene dicho bastante antes de que el viento soplara en sus dominios, de otro cuadrante, para descubrir todas las torpezas que en ellos se han cometido.

„Y las ovaciones son promovidas por el Rey, por su juventud, su prestancia, las esperanzas que despierta y las dotes que lo avaloran.

„Así, al Sr. Maura no le queda otra cosa que su intervención en los preparativos.”

DIA 9.—Fallecimiento de Isabel II.—A las nueve de la mañana de este día falleció en París, en su palacio de Castilla, la Reina Doña Isabel II, abuela del actual Monarca D. Alfonso XIII; la Soberana que, seguramente después de María Teresa de Austria, ha despertado más entusiasmo entre sus súbitos, no obstante lo cual murió en tierra extranjera, después de treinta y seis años de extrañamiento de la Patria.

Hija de Fernando VII y de María Cristina, en 10 de Octubre de 1830 nació la Princesa Isabel en Madrid.

En la pila de bautismo le pusieron los nombres de María Isabel Luisa.

En 29 de Septiembre de 1833 sucedió á su padre en el trono.

Fué proclamada Reina de España algunos días después: el 2 de Octubre.

El partido absolutista, creyendo que la ley Sálica seguía en vigor, reconoció como sucesor á la Corona al Infante D. Carlos María Isidro de Borbón, hermano del difunto Rey, dándole el nombre de Carlos V.

Así empezó en 1834 la terrible primera guerra civil entre carlistas é isabelinos, de que tan gloriosos recuer-

dos se conservan en las Memorias del General Córdoba y en otros muchos documentos inolvidables.

De aquellas guerras sangrientas fueron teatro principalmente las Vascongadas, Navarra y Cataluña.

El Vaticano y Nápoles apoyaron á D. Carlos; Francia, Inglaterra y Portugal, á la Reina Isabel.

El sitio de Bilbao, las batallas ganadas por Espartero y Córdoba en Luchana y Mendigorria, la muerte de Zumalacárregui, los estragos de Cabrera, la correría de Don Carlos hasta las mismas puertas de Madrid, el triunfo de León en Belascoain, de Espartero en Arlabán, de O'Donnell en Lucena, fueron los hechos más culminantes de aquel período terrible, á que puso fin el abrazo que se dieron en Vergara los Generales Espartero y Maroto en 31 de Agosto de 1839.

La regencia de la Reina madre Doña María Cristina fué, pues, accidentadísima.

En 1834 promulgóse el Estado Real, por el cual quedaban creadas las dos Cámaras para discutir las leyes.

En 1835 se efectuó la matanza de los frailes, que revisió en Madrid y Barcelona tan trágicos caracteres.

En 1836, á consecuencia de la sublevación militar de La Granja, tuvo la Reina Gobernadora que aceptar la Constitución del año 12 y reunir Cortes que promulgaron la del 37.

Obligada por un levantamiento popular, la Reina Cristina abdicó la Regencia, en la que le sustituyó en 1840 el Duque de la Victoria.

La Regencia de Espartero duró tres años. Otra insurrección le obligó también á abdicar, embarcándose en Lisboa con rumbo á Londres.

Constituyóse el Gobierno provisional, presidido por D. Joaquín María López, y las Cortes proclamaron en 1843 la mayor edad de Isabel II.

Creáronse el partido progresista, mandado por Olózaga, y el moderado, acaudillado por Narváez.

Intervino España, de acuerdo con Francia é Inglaterra, en la guerra civil de Portugal, mandando el General D. Manuel de la Concha una expedición de 12.000 hombres, que obligó á los rebeldes á abandonar Oporto y valió al caudillo español el título de Marqués del Duero.

Los piratas de Filipinas fueron después castigados, y forzados los moros de Joló á reconocer el patronato de España.

En Cuba quedaron vencidos los filibusteros, y en la Península, los Generales Concha y Pavia obligaron al Conde de Montemolín, hijo de D. Carlos, á pasar la frontera.

En 1854, el pronunciamiento de Manzanares echó á los moderados del Poder, formándose un Gobierno en que fué Presidente el General Espartero y Ministro de la Guerra el General O'Donnell.

En 1856 volvió al Poder Narváez.

O'Donnell, Conde de Lucena, formó la Unión liberal y ocupó el Poder desde 1858 hasta 1863, años de gran prosperidad moral y material para España.

Unidos á los franceses, exigimos á viva fuerza en Cochinchina que el Rey de Annam diera satisfacción de la muerte de algunos misioneros católicos. De aquella expedición reportó Francia grandes ventajas y nosotros ninguna.

En 1860 la guerra de Africa cubrió de gloria á España, si bien la diplomacia no supo aprovecharse debidamente de ella.

O'Donnell, Prim, Zavala, Ros de Olano, Echagüe pusieron muy alto el prestigio militar español.

Escritores como Alarcón y Núñez de Arce escribieron páginas admirables inmortalizando aquella gran epopeya.

La sublevación y el fusilamiento del General Ortega fueron una sombra triste de aquellos días gloriosos.

Vino después nuestra intervención en Méjico y la diplomática retirada del General Prim.

En 1864 renunció España á la soberanía en Santo Domingo, que voluntariamente se le había anexionado tres años antes.

Dieron ocasión á otra guerra heroica los atropellos sufridos por los inmigrantes españoles en Chile y el Perú.

En 1866 la escuadra de Méndez Núñez bombardeó á Valparaíso y triunfó en el Callao.

En 1867 murió O'Donnell y en 1868 Narváez.

Los pronunciamientos militares ensangrentaron constantemente el reinado, que las camarillas palaciegas y

políticas turbaron también de continuo. Entre las insurrecciones sobresalieron algunos movimientos dirigidos por los Generales Prim, Contreras y Pierrad. De las intrigas palatinas, fueron las más ostensibles muestras la acusación de Olózaga y la formación del Ministerio Relámpago.

Presidieron, entre otros, los Consejos de Ministros de la Reina Isabel: Zea Bermúdez, Martínez de la Rosa, el Conde de Toreno, Istúriz, Mendizábal, Olózaga, Bravo Murillo, el Conde de San Luis, el Marqués de Miraflores, Espartero, el Conde de Cleonar, el General Lersundi, Roncali; durante largo tiempo, y alternativamente, O'Donnell y Narváez, González Bravo al morir el Duque de Valencia, y en los últimos momentos del reinado el Marqués de la Habana.

Del casamiento de la Reina con D. Francisco de Asís, del crimen cometido por el cura Merino, de la expedición á Italia y los rozamientos con la Santa Sede, no hablamos al detalle, por ser hechos bien conocidos de todo el mundo.

Dejemos á los historiadores del porvenir el trabajo de analizar este reinado tan pintoresco y tan borrascoso. Limitémonos á dedicar un recuerdo á las gloriosas jornadas de aquella época, lamentando que no dieran frutos más duraderos para el bienestar de la Patria, y echemos el piadoso manto del olvido sobre los desaciertos de aquella Reina en quien fué tan grande su caída como su co-razón.

Viajes del Rey.—San Feliú de Guixols.—En esta fecha S. M. el Rey puso la primera piedra para la construcción del puerto de San Feliú de Guixols, que ha bautizado D. Alfonso XIII.

Asistió al acto el ex Ministro Sr. Villanueva, quien firmó la concesión; las Autoridades provinciales y locales.

El acto resultó hermoso, acudiendo á presenciarle numeroso gentío.

Centenares de pequeñas embarcaciones, llenas de señoritas, cruzaban la bahía saludando al Monarca y esperando el término de la ceremonia para acompañarle hasta el *Giralda*.

Al embarcar S. M., la despedida fué entusiasta.

Aquella misma noche regresó á Barcelona, embarcado en el yate *Giralda*.

En San Feliú, como en Figueras—cuyos Alcaldes eran republicanos—, lo mismo que en Gerona y en todas las demás poblaciones que el Rey visitó en este viaje, entró siempre acompañado en su coche por los Alcaldes de las dichas poblaciones, dando así una satisfacción grandísima al vecindario, y quedando los altos funcionarios de Palacio relegados al puesto que realmente les correspondía, pero sin dirección alguna en la organización de los viajes, lo cual evitó los muchos disgustos que surgieron en las anteriores excursiones del Rey.

Esta determinación del Sr. Maura fué muy aplaudida por la opinión.

El tratado anglo-francés.—En medio de la satisfacción que, en general producía en España el feliz resultado del viaje del Rey, vino una nota desagradable á ensombrecer este cuadro.

En este día túvose ya noticia cierta de estar terminado un convenio entre Inglaterra y Francia, que trataba especialmente de la situación de Marruecos, con evidente perjuicio, ó al menos olvido, de los derechos de España.

El convenio pactado entre Francia é Inglaterra se refería á tres puntos interesantes: 1.º, Egipto y Marruecos; 2.º, Terranova y Africa Occidental; 3.º, Siam, Nuevas Hébridas y Madagascar.

Con respecto á Marruecos, la declaración decía textualmente:

“Como la frontera de Francia es medianera con la de Marruecos, Francia tiene el derecho de mantener el orden en este país y de prestarle su ayuda. En el litoral de Marruecos, desde Melilla hasta la embocadura del Sebou, ni la Gran Bretaña ni Francia consentirán la erección de fortificaciones. Como consecuencia de la posición geográfica de España, el Gobierno francés se entenderá con el Gobierno español para los efectos de este tratado.

“La nueva frontera de la Nigeria septentrional partirá de Mouredi sobre el Níger, pasando por Azzorori, después por Maradí y llegará hasta el lago Tchad, por el valle de Komodongou.”

Como se ve, los derechos de España sólo como por incidente y á título de concesión graciosa se tenían en cuenta por las naciones contratantes, por lo cual el tratado causó muy triste efecto en la opinión.

DÍA 10.—Viajes del Rey.—Montserrat.—La excursión del Rey á Montserrat se verificó en esta fecha, con gran éxito para el Monarca pero con gran desarreglo.

Desde dos días antes habían empezado á reunirse allí los somatenes de toda Cataluña.

Los inscritos eran 60.000; pero los que acudieron se calcula que eran 20.000, todos con armas de fuego,

En los alojamientos dispuestos por los frailes benedictinos de Montserrat pudieron albergarse 4.000 para pasar la noche, y en tiendas de campaña y tolderías improvisadas se refugiaron otros tantos. El resto tuvo que pasar la noche á la intemperie, produciendo en ellos gran disgusto.

Muchos somatenes, por tal motivo, se retiraron; quedaron, sin embargo, unos 14.000 hombres.

Al llegar el Rey á Montserrat, inmensa y compacta masa de somatenistas llenaban los alrededores de la estación y las avenidas que conducen al monasterio.

El cuadro era imponente.

El Rey se halló entregado á la confianza de aquellos millares de hombres en armas, sin otra fuerza de Ejército que una compañía de Infantería y varios piquetes de la Guardia civil y mozos de escuadra.

La actitud de los somatenistas fué de respeto y simpatía, abundando á la llegada y durante todo el día los vítores al Monarca.

Al bajar S. M. del tren, el Capitán general de Cataluña, que lo esperaba, pronunció un breve discurso trazando la historia de los Somatenes y enumerando su organización, los servicios que prestan y el objeto que los congregaba, que era rendir homenaje al Rey y proclamar como su patrona á la Virgen de Montserrat, asistiendo á la inauguración del monumento que iba á erigirse en la plaza frontera á la iglesia, en recuerdo de los héroes del Bruch.

Expuso el Capitán general lo conveniente que sería que los Somatenes gozasen del fuero de autoridad, con lo que se aumentaría los prestigios del Cuerpo y sus medios

para perseguir malhechores, principal fin de su organización.

El Rey accedió en el acto á la demanda y los individuos de la Junta de Somatenes prorrumpieron en vivas y palabras de gratitud.

Después el Rey visitó el santuario, inauguró el monumento erigido á los héroes del Bruch, lo que mostró gran entusiasmo en los somatenistas, el Rey revistó á éstos (unos 8.000), repartiendo entre ellos una medalla conmemorativa del acto, y á las ocho de la noche regresó á Barcelona.

El acto no resultó tan brillante como debiera, por la falta de organización.

El Liberal, de Barcelona, publicó lo siguiente:

«El Rey ha regresado á esta capital á las ocho de la noche.

«Al pasar el coche en que iba el Sr. Maura por el Arco del Triunfo, en el salón de San Juan, fué saludado con una gran silba.

«Esta fué cortada por la policía, que se abalanzó sobre los que suponía autores de la protesta.

«Por la Guardia civil y la policía se hicieron nueve detenciones.»

DÍA 11.—Viajes del Rey.—Luto por la Reina Isabel.—Con motivo de la muerte de la Reina Doña Isabel, el Rey pensó en suspender sus viajes por Cataluña y Andalucía, pero la razón de Estado y el interés de los pueblos—que ya habían hecho muchos gastos para recibir dignamente al Monarca—, se impuso, y el Rey continuó sus viajes, aunque guardando tres días de luto en Barcelona, sin salir de su alojamiento más que para ir á los funerales que allí ordenó celebrar.

En señal de duelo, en los cuatro ángulos del obelisco erigido por los militares de Barcelona en la plaza de Cataluña se habían colocado crespones negros.

Conflicto estudiantil.—Unas manifestaciones de fervor monárquico, hechas en clase por el Sr. Marqués del Vadillo, con motivo de los éxitos obtenidos por el Monarca

entre las clases escolares, hizo que se produjeran algunas reyertas entre estudiantes monárquicos y republicanos en la Universidad de Madrid.

La cuestión no adquirió importancia.

DÍA 12.—Atentado contra Maura.—La nota más saliente del día fué un atentado cometido contra el Sr. Maura.

Ocurrió del siguiente modo:

Después de celebrados los funerales por el alma de la Reina Doña Isabel, el Sr. Maura, juntamente con el General Linares, acompañó al Rey al palacio de la Capitanía general.

El Rey manifestó al Sr. Maura que deseaba visitar la cocina económica de Santa Madrona, donde los obreros comen por 27 céntimos.

El Sr. Maura respondió que le parecía muy bien la idea, y acto seguido volvieron á salir ambos para visitar dichas cocinas.

El Rey entregó 3.000 pesetas para las necesidades de aquel Centro benéfico.

Luego S. M. regresó á Palacio.

El Sr. Maura salió de la Capitanía general por la puerta que da á la plaza de la Merced, para dirigirse á la Diputación, donde se hospedaba.

Iba solo en su carruaje, y delante, en otro, iba el Gobernador.

En la plaza había numerosos grupos, que aplaudieron al Presidente.

Cuando el carruaje del Sr. Maura se acercaba á la esquina de la plaza, ya muy cerca de la puerta del templo de la Merced, se adelantó un joven que vestía traje negro de americana y sombrero ancho del mismo color, subiendo al estribo del coche.

Con la mano izquierda presentaba un memorial, inclinándose un poco el Sr. Maura para recogerlo. En la mano derecha llevaba el desconocido un objeto envuelto en un pañuelo negro.

Al movimiento que hizo el Sr. Maura para recoger el papel que se le presentaba, el joven levantó la mano derecha, asestando un golpe en el pecho al Presidente.

El Sr. Maura interpuso rápidamente el brazo y atenuó con él la violencia del ataque, resultando la herida, afortunadamente, leve.

Al mismo tiempo que realizaba su acto criminal, el agresor dió un grito diciendo:

—¡Viva la anarquía!

Durante un momento, el joven se detuvo, y en aquel instante un agente de policía llamado Gutiérrez se arrojó sobre él, intentando detenerle.

El agresor quiso huir, pero sobrevinieron nuevos agentes y fué detenido.

Al ocurrir el atentado, el Gobernador abandonó su coche, dirigiéndose apresuradamente al del Sr. Maura, el cual lo tranquilizó diciéndole que la herida no era de importancia.

En el mismo carruaje se dirigieron ambos á la Diputación. Apenas llegó, el Sr. Maura se dirigió al teléfono y celebró con el Ministro de la Gobernación una breve conferencia, comunicando al Sr. Sánchez Guerra la noticia del atentado.

El Ministro de la Guerra y el Gobernador civil de Barcelona, que se hallaban presentes, obligaron al señor Maura á retirarse á su habitación, donde se vió que de la herida manaba sangre con alguna abundancia.

Inmediatamente se telefoneó al Dr. Alabern para que acudiese á visitar al Presidente.

Los Generales Pacheco y Polavieja fueron los primeros en comunicar al Rey la noticia del atentado.

S. M. llegó á la Diputación para visitar al Sr. Maura, acompañado del Duque de Sotomayor.

En el trayecto el público le hizo una ovación.

El Rey pidió al Sr. Maura detalles de lo ocurrido, y el Presidente le refirió el hecho con todos sus detalles, manifestando que el asesino se le acercó diciéndole: "Buenos días, Sr. Presidente. ¡Viva la anarquía!", y que entonces le asestó la puñalada.

El Sr. Maura se mostró muy agradecido al interés demostrado por S. M.

El agresor se llamaba Joaquín Miquel Artal, de diez y nueve años de edad y su aspecto era el de un estudiante ó el de un obrero aseado.